

- si me dieses áspid á áspid  
cuantos el infierno tiene.
- D. GONZ. Otra vez quiero que canten.  
(*Cantan la copla postrera.*)
- CATALIN. ¡Malo es aquesto, por Cristol  
Dime, señor, ¿no escuchaste  
la canción? Contigo habla.
- D. JUAN. Un hielo el pecho me parte.
- CATALIN. Come deste guisadillo.
- D. JUAN. Ya he cenado; haz que levanten  
las mesas.
- D. GONZ. Dame esa mano,  
no temas; la mano dame.
- D. JUAN. ¿Yo temor? Toma. ¡Ay de mí  
que me abraso; no me abrases  
con tu fuego.
- D. GONZ. Aqueste es poco  
para el fuego que buscaste,  
y así, tienes de pagar  
las doncellas que burlaste.
- D. JUAN. A tu hija no ofendí,  
que vió mis engaños antes.
- D. GONZ. No importa, que ya pusiste  
tu intento.
- D. JUAN. Deja que llame  
quien me confiese y absuelva.
- D. GONZ. No hay lugar, ya acuerdas tarde.  
Las maravillas de Dios  
son, don Juan, investigables,  
y así quiere que tus culpas  
á manos de un muerto pagues.
- D. JUAN. No me aprietes: ¡tente, tente!  
Con la daga he de matarte;  
mas ¡ay! que me abrasa el fuego,  
y serán golpes al aire.
- D. GONZ. «Esta es justicia de Dios:  
quien tal hace que tal pague.»
- D. JUAN. ¡Que me quemó, que me abrasó!  
¡Muerto soy!
- CATALIN. No hay quien se escape.  
¡San Panuncio, San Antón,  
sacadme libre á la calle!  
(*Tiran el carretón ó se hunden.*)

## ESCENA XX

*Salen el REY, TENORIO, el MARQUÉS DE LA MOTA,  
ISABELA, la PESCADORA y acompañamiento.*

- TENORIO. Ya el Marqués, señor, espera  
besar vuestros pies reales.
- PESCAD. Si Vuestra Alteza, señor,  
de don Juan Tenorio no hace  
justicia, á Dios y á los hombres,  
mientras viva he de quejarme.  
Derrotado le echó el mar;  
dile vida y hospedaje,  
y pagóme esta amistad  
con mentirme y engañarme  
con nombre de mi marido.
- REY. ¿Qué dices?
- ISABELA. Dice verdades.
- MARQ. Pues es tiempo, gran señor,  
que á luz verdades se saquen,  
sabrás que don Juan Tenorio

las culpas que me imputaste  
cometió, que con mi capa  
pudo el cruel engañarme,  
de que tengo mil testigos.  
¿Hay desvergüenza tan grande?

REY.

## ESCENA XXI

*Sale CATALINÓN.—DICHOS.*

- CATALIN. Escuchad, oid, señores,  
el suceso más notable  
que en el mundo ha sucedido,  
y en oyéndolo, matadme.  
Llegando don Juan, mi amo,  
á Sevilla antiyer tarde  
y entrándose á retraer  
en la iglesia donde yace  
don Gonzalo en el sepulcro  
que el Rey mandó se labrase,  
aguardando que la noche  
para encubrirse llegase,  
acertó á ver un letrero  
que al Comendador delante  
del sepulcro le pusieron  
que dice espera vengarse  
del que, sin temor de Dios,  
con alevosía tan grande  
le dió muerte, y él haciendo  
burla, llegó á convidarle  
que fuese á cenar con él,  
y apenas pudo sentarse  
á cenar, cuando á la puerta  
llegó, y para que no os canse,  
después de cenar le dijo  
que á su iglesia se llegase  
luego la noche siguiente,  
que él quería convidarle.  
Fué don Juan, que nunca fuera;  
pues, sin poder escaparse,  
asiéndole de la mano,  
comenzó el muerto á apretarle  
diciendo: «Dios te castiga:  
quien tal hace que tal pague;»  
y él diciendo, «que me abraso,»  
murió, mas diciendo antes  
que á doña Ana no ofendió,  
que le conocieron antes.  
Yo arrastrando me escapé  
de la iglesia y de tan grande  
desventura.

MARQ.

REY.

OCTAVIO.

MARQ.

BATRIGIO.

REY.

- Por las nuevas,  
mil abrazos quiero darte.
- Pues es ya muerto don Juan,  
puede Isabela casarse  
con el Duque.
- Yo, señor,  
estimo merced tan grande,  
pues está viuda Isabela.
- Yo con mi prima.
- Y nosotros  
con las nuestras, porque acabe  
esta verdadera historia.  
Y el sepulcro se traslade  
desde aquí á San Juan de Toro,  
para memoria más grande.

## LA VENGANZA EN EL SEPULCRO

DE

## DON ALONSO DE CÓRDOVA Y MALDONADO

CRIADO DE SU MAJESTAD

## HABLAN:

DON JUAN TENORIO.  
COLCHÓN, *gracioso.*  
EL MARQUÉS DE LA MOTA.  
DON GONZALO DE ULLOA.  
EL ASISTENTE.  
UN ALCAIDE.

UN ALGUACIL.  
DOÑA ANA, *dama.*  
INÉS, *criada.*  
DOS CRIADOS.  
ACOMPANAMIENTO.  
MÚSICOS.

## JORNADA PRIMERA

## ESCENA PRIMERA

*Sale DON JUAN y DOÑA ANA, de camino.*

DON JUAN.

Detén, deidad hermosa,  
para no ser cruel, más cariñosa,  
el curso acelerado:  
no revoques la dicha de mi estado.  
Vuelve, vuelve á la fuente,  
que en el puro cristal de su corriente  
prodigio te traslada,  
bien que ofendida por no bien pintada.  
No desocupe tu esplendor el prado,  
de tu luz matizado  
mejor que de sus flores,  
pues son, los que matices, resplandores.  
Tu beldad soberana,  
cuyos rayos lucientes la mañana  
toda la hacen aurora, toda oriente,  
más propicia me escuche. ¡Ay, Dios! detente,  
que, aun sólo imaginada,  
ya me mata tu ausencia, ó cuando airada  
se opone á mi quietud. Ya tu desvío,

dueño de mi albedrío,  
¡cuánto me cuesta ya! que no es amante  
el que ausente viviere un solo instante.  
No permitas ¡oh, asombro de ti propia!  
traslados de tu copia,  
tormentos de mi idea,  
si no has de dar lugar á que te vea;  
si no has de ser piadosa.  
¡Quién creyera que hermosa  
me pudieras matar! ¡Oh, quién creyera  
entrañas de una fiera  
en pecho de una diosa!  
No me mates cruel, bástete, hermosa.

DOÑA ANA.

¿Por qué mis pasos sigues?  
¿Quién eres, di, que á una mujer persigues,  
pródiga de temor y sentimiento?  
¿Quién te provoca á tan extraño intento?  
Déjame, hombre ó fiera;  
déjame, no me sigas.

DON JUAN.

Oye, espera.

DOÑA ANA.

No puedo.

DON JUAN.

De estos riscos  
precipicio seré, porque obeliscos

me den aquí á tus ojos sepultura  
si no me escuchas.

DOÑA ANA.

Abreviar procura;  
di quién eres, prosigue, di quién eres,  
porque después me digas que me quieres.

DON JUAN.

Por eso empezaré; que lo primero  
ha de ser el que sepas que te quiero.  
Pero escucha, y sabrás á quién venciste,  
porque admires en mí lo que supiste.

Sabrás, prodigio de luz,  
milagro opuesto á la alteza  
de los rayos en que Febo  
da espíritu á las estrellas,  
que fué Sevilla mi patria;  
fuélo por nacer en ella,  
que el mundo patria común  
lo es ya por gusto ó por fuerza.  
Don Juan Tenorio me llamo;  
por el nombre ó por las señas  
pienso que ya me conoces;  
pero, por si no te acuerdas,  
don Pedro Tenorio, aquel  
que vió sin menguante llena  
por tantos años la luna  
de su privanza y grandeza,  
fué mi padre, bien lo sabes;  
no ha tanto que yace muerta  
su fama. El Rey de Castilla,  
que Dios guarde, á su cabeza  
fió del gobierno el peso,  
que los reyes, aunque reinan,  
cuando privados admiten,  
no parece que gobiernan.  
Murió, en fin, como es notorio;  
mucho antes que muriera  
dejando su casa, yo,  
de tres lustros aun no apenas,  
destino fué el resolverme,  
secreto tuvo de estrella,  
pues ser hijo del privado  
no pudo estorbar mi ausencia.  
Partí, en fin, dejé la casa  
de mis padres, la grandeza,  
el regalo, la lisonja,  
el lugar, la preeminencia,  
la futura sucesión  
de la privanza, pues fuera  
por industria de mi padre  
segura en mí. ¡Oh, cuanto yerra  
el consejo en poca edad,  
si consigo se aconseja  
el que, cual yo, se resuelve  
por elección ó por temal  
Con un criado que solo  
y que leal no me deja,  
partí como digo habrá  
otros tres lustros. ¡Qué ciega  
obra la razón en tanto  
que el apetito no enferma!  
Fué mi designio ver mundo;  
no sé si al mundo le pesa  
de que le viese ó á mí  
de haberle visto; resuelva  
esta duda lo que oírás,

si es que me escuchas atenta.  
Caminé á Toledo, y antes  
de llegar una ú dos leguas,  
está un lugar donde había  
una boda, cuya fiesta,  
rústicamente ostentaban  
banquetes, bailes y ofrendas.  
Parecióme bien la novia;  
acerquéme con sospechas  
del novio que me atendía  
ya celoso. ¡Qué cautela  
no ha prevenido un villano  
aun antes que tenga fuerza  
en la intención! Y, en efecto,  
su malicia ó su experiencia  
dió luego con mi cuidado,  
tan mal sufrido, que arriesga  
en una resolución  
las vidas dél y cincuenta  
que me acometen furiosos  
con chuzos, dardos y piedras.  
Resistíles animoso,  
y pienso que si no huyeran,  
todos juntos ¡vive Dios!  
que aun para llevar las nuevas  
no sé si quedará alguno  
de tantos. ¡Oh, cuánto es fea  
acción el huir, pues quita  
la victoria, que pudiera  
ser mayor en los que huyen  
que en los que muriendo dejan  
opinión! Paso adelante,  
que aquesto es nada. La arena,  
piso del dorado Tajo,  
y habitando sus riberas,  
porque el suceso pasado  
no me aseguraba, un tema  
con cierto hidalgo de allí  
tuve un día, que si es necia  
la porfia porque cansa,  
no lo es menos porque della  
se ocasionan mil disgustos  
que paran siempre en pendencias.  
Desmintiome, siendo luego  
un bofetón mi respuesta;  
acudió á su obligación,  
sacó la espada; saquéla;  
amotinóse de vulgo  
una tropa que me cerca  
á tiempo que ya arestados  
una punta me endereza;  
rebatíla y por el filo  
de su espada tan derecha  
corrió á su pecho la mía,  
que cuando al reparo entra,  
ya yo envainaba en su pecho  
mi espada; que la pendencia  
la ha de acabar una herida,  
si es de buen pulso ó si es diestra.  
Cayó muerto, al tiempo mismo  
que aun esgrimiendo sangrienta  
venganza de tanta turba  
como me acomete y cerca,  
con su ofensa me defiende:  
éste muere, aquél pelea,  
uno huye, otro se arroja,  
pero todos escarmentan,

cuando, dejándome el campo,  
vieron esmaltar su hierba  
ú de la sangre que corre  
ú del miedo que la hiela,  
Mas, paso, paso adelante,  
que aquesto es nada. La sierra  
fué forzoso que habitase,  
porque del risco ó la cueva  
me amparase contra un mundo  
que me sigue. Estuve en ella  
muchos días. Desmintiendo  
espías y centinelas,  
bajé una mañana al valle,  
donde una serrana bella  
me sale al paso; rindióme,  
y esta fué la vez primera  
que tuve amor; pero no,  
no fué amor, pues luego intento  
gozarla; apetito fué,  
que quien la dicha no espera,  
sabiendo obligar, no ama,  
apetece, sí, ú desea  
para ser la posesión  
olvido de tanta deuda.  
Era hermosa la serrana  
y, aunque serrana, discreta;  
miróme como ofendida,  
escuchó menos severa,  
y neutral en las acciones,  
entre el agrado y vergüenza,  
me dijo: «Si es que habitáis  
señor, como yo estas selvas,  
no será el postrero día  
que nos veamos.» Quisiera  
detenerla yo, mas viendo  
asomar por una cuesta  
una tropa de caballos,  
recelé, recatóse ella,  
fuese, y embosquéme yo.  
¡Pensión del que agravia, pena  
del delito, que no importa  
que el castigo no se tema,  
si es la conciencia el impulso  
cuando el ánimo se altera!  
Apenas, pues, otro día  
comenzaba su carrera  
el dorado Febo, cuando  
yo en el valle y en las selvas  
ya estaba logrando auroras,  
pues á un tiempo en competencia  
Celia y la mañana salen,  
pero más hermosa Celia.  
Halléla, en fin, mas ¡ay cielos!  
que aunque la hallé no era ella,  
porque una injusta mudanza  
me hizo dudar de las señas.  
Un Príncipe, dueño altivo  
de aquel distrito, á la sierra  
salió á cazar este día,  
y siguiendo en la maleza  
del monte un corzo ligero,  
al corzo dejó por Celia.  
Vióla el Príncipe ¡ay de mí!  
vióla, enamoróse de ella;  
hablóla amante, rindióse,  
pues, en sus brazos: quisiera  
que repetido este agravio

como allí en tu presencia,  
me vieras lograr venganzas  
tan honrado que dijeras:  
«No es quien obra aquí lo fuerte,  
la sangre sí, por ser buena»:  
que de un poderoso nadie  
se satisface ó se venga  
sin ser obra de valor  
donde la sangre se prueba.  
Vila en sus brazos, en fin,  
y con la daga, tan cerca  
de mi enemigo me arrojé,  
que se murió, sin que sepa  
si fui yo quien le dió muerte,  
pues ni á volver la cabeza  
le dió lugar el aliento,  
ya cadáver, ya tragedia  
el cuerpo, pues, al amago  
sobró el golpe de manera  
que, cuando el alma lo siente,  
ya estaba el cuerpo sin ella.  
Mas, paso, paso adelante,  
que aquesto es nada. Fué fuerza  
dejar la sierra. Huí á Cádiz,  
adonde, en una galera  
me embarqué; surqué los mares,  
precipicios de mi estrella  
que me despeña atrevida,  
que me provoca soberbia,  
siguiendo siempre, y, en fin,  
en un navío en que trueca  
la galera mi viaje  
atravesé á Inglaterra  
y después á Flandes, donde  
serví con una jineta;  
y sabiendo que una noche  
desembarcaban en tierra  
cuatrocientos enemigos  
que en dos barcas holandesas  
vinieron á nuestro campo,  
les embaracé la empresa.  
Dos cabos de nuestro campo,  
envidiosos de mi estrella  
(no quiero decir que fueron  
cobardes, pues no es flaqueza  
acometerme dos juntos,  
temeridad sí que fuera  
presumir uno de sí  
lo que un escuadrón no piensa),  
desafiáronme al campo;  
matélos y di la vuelta  
á España, y porque en Sevilla,  
mi patria, sólo por nuevas  
mi valor se sabe, quiero  
se sepa por experiencia  
siendo horror, causando espanto,  
asombro, temor y pena  
á los hombres, á los brutos,  
á los montes y á las fieras.  
Hoy á sus murallas llevo,  
y hallándote fuera de ellas  
en el cristal de esa fuente  
te vi primero tan bella,  
tan señora, tan bizarra,  
tan hermosa y tan honesta,  
que di primero á tu imagen  
que á ti misma la obediencia.

Tuyo soy; yo he de servirte, no á disgusto, no por fuerza, sabiendo obligarte, sí. Dime quién eres, no temas acción que sea descortés ni palabra que te ofenda. Rendido, señora, tienes el que horriblemente ostenta hazañas tan inauditas en entrañas tan sangrientas. Este, pues, que así te pinto, éste que escucharte atenta, alma de toda la ira, rayo de toda la fuerza, tienes á tus pies postrado mi rendimiento; esta deuda no me pagues mal, repara en mi natural. Mas, ea, que no he de acabar por miedo lo que por amor empieza. Tuya es la victoria, baste que por tuya la confiesa en el más valiente pecho la más rendida fineza. Admite, pues, la disculpa, porque olvidada la queja á tu gusto, á tu albedrío, á tu gracia, á tu clemencia, viva, si quieres que viva; muera, si quieres que muera.

D.ª ANA. (Ap.) ¡Vióse mayor confusión que la mía en riesgo tal! ¡Que una mujer principal se vea en esta ocasión! ¡Oh, nunca al campo saliera! Mas válgame aquí un engaño con que, remediando el daño, me libre de aquesta fiera.

D. JUAN. Ya de vuestra suspensión mi rendimiento agraviado teme que, por despreciado, no hacéis dél estimación.

DOÑA ANA.

¿No has visto un arroyuelo que con plantas de hielo huye de la montaña entre juncia escondido y espadaña, ó en remansos que explayó licores se aloja entre las flores, haciendo una represa con que parece que su curso cesa, hasta que, más seguro, se dilata vertiendo perlas y sembrando plata? Pues yo en el campo así, yo en ese monte, pirámide inmortal deste horizonte, de tu presencia huyendo, horrible entonces, porque huf temiendo hallar donde esconderme procuraba; ya el curso aceleraba, ya detenerle intento recogida la voz, torpe el aliento, con paso desairado, con desaire alentado, con aliento medroso, fingiéndolo animoso tan dentro del aprieto,

monstruo te presumí, temí en efecto; mas ya que humano veo el que temí Teseo, arroyuelo seguro que desata en corriente veloz hilos de plata, el ánimo sosiego, amante te escuché, mírote ciego. ¿Eres valiente cuando amante eres? Triunfar de fieras y ofender mujeres no es acción del valor, pues no consiente ser á un tiempo cobarde y ser valiente. Tu amor me has dicho, ya héle escuchado; baste saber que estás enamorado; déjame lo demás, no te apresures ni más que haberlo dicho aquí procures.

DON JUAN.

¿No has visto, pajarillo aprisionado que, atento á su cuidado, y al son de contrapuntos y primores lamenta de una jaula los rigores? Ya ensaya libertades con las alas, ya entona suavidades, y ya del contrapunto para dulces gemidos toma asunto, ya intratable, ya triste, ya halagüeño, cuando viniendo el dueño á darle de comer suelta un palillo por donde el pajarillo la prisión desocupa, el vuelo esgrime y otro sitio ocupa, tan lozano y alegre, que publica su libertad si canta, vuela ó pica. Este, pues, pajarillo aprisionado, en mi gusto eres tú, y en mi cuidado si le doy libertad, será el palillo por donde el pajarillo, dejándome engañado, mis esperanzas burle y mi cuidado.

DOÑA ANA.

Don Gonzalo de Ulloa, un caballero á quien debe su acero más triunfos y victorias que aquellos nueve de la fama glorias á los bronce y plumas, es mi padre, y ahora no presumas, puesto que ya mi calidad has visto, que á tu amor me resisto, no agradecida; pero ser liviana, ¿cómo es posible que lo sea doña Ana de Ulloa? Aquesto baste, si fácil me juzgaste. De Sevilla esta tarde me he alejado para coger de esa fuente en este prado las perlas que salpica de su cristal al alcatifa rica que, matizando Flora, milagro se repite cada aurora. Halléte á ti donde busqué el recreo, ni lo extraño ni creo que admirar ni creer á la fortuna es resolver sin experiencia alguna. Empeño de un acaso este accidente fué: vamos al caso. En Sevilla es mi casa, patria tuya; con esto es bien concluya que, en decirte mi casa, así el engaño

verás; ¡suceso extraño lo que he de hacer por tí mas tú lo piensa, que en decirte lo yo me hago ofensa. Adiós, don Juan, adiós, que ya el ocaso derivándose el sol me impide el paso.

DON JUAN.

¡Pues cómo! ¿Así te vas, así me dejas?

DOÑA ANA.

Injustas son tus quejas, pues me quedo contigo cuando me ausento. De temor lo digo.

DON JUAN.

¿Que no me engañas?

DOÑA ANA.

No.

DON JUAN.

Jurarlo tienes.

DOÑA ANA.

Por tí.

DON JUAN.

¡Qué mayor dicha!

DOÑA ANA.

Inés: ¿no vienes?

DON JUAN.

¿Quién es aquesa Inés?

DOÑA ANA.

Una criada

que allí, entre aquellos sauces retirada, me espera. Adiós, don Juan.

DON JUAN.

Detente un poco.

DOÑA ANA.

No puedo. Ven, Inés.

DON JUAN.

Déjame loco.

(Salen Inés y Colchón, y vanse las dos por otra parte.)

## ESCENA II

DON JUAN y COLCHÓN.

COLCHÓN. ¿Qué has pescado?

D. JUAN. La hermosura

flor á flor en un jardín; un ángel, un serafín, y, en fin, la mayor ventura.

COLCHÓN. Pensarás que del anzuelo ya cuelga alguna lamprea y será algún sollo.

D. JUAN. Sea.

COLCHÓN. Que te ha de engañar recelo.

D. JUAN. Colchón: ¿qué mujer, qué dama fué posible que engañase que manchada no quedase en la opinión ó la fama? Malicia es tuya, no mía, que aquella rara belleza es efecto de nobleza, como de la luz el día.

Es hija de don Gonzalo de Ulloa; conózcole bien, y su calidad también, que es tal que aun yo no le igualo. Mira, pues, si puede ser que mujer de tan gran fama me enamore como dama y engañe como mujer.

COLCHÓN. Sí puede ser, (1) porque nacer principal no es haber mudado el ser, y es el engaño mujer, según regla general.

D. JUAN. Todas engañan, Colchón.

COLCHÓN. Todas engañan, don Juan.

D. JUAN. A mí no me engañarán.

COLCHÓN. De la mujer y el melón cierto discreto decía que antes que se alabasen se probasen ó catasen y nadie se engañaría.

Mas di, si en la relación que de tu vida la hiciste tan tremendo discurriste que te pintaste un león, ¿cómo concederte puedo sobornaste su favor, si en vez de tenerte amor es fuerza te tenga miedo?

D. JUAN. ¿Cómo, si aquí no estuviste, lo que la dije has sabido?

COLCHÓN. Como aplicando el oído escuché cuanto dijiste.

D. JUAN. ¿Pudo, pues, desagradarla, al pintarme tan león, la rendida adoración

con que procuré obligarla?

COLCHÓN. Si á lo crudo y á lo hampón se inclina su voluntad, ganó tu temeridad y venció tu condición; pero tengo lo contrario por más conforme á una dama, y que ninguna que ama se inclina á lo temerario.

D. JUAN. La prueba de amor mejor, aun allá en lo irracional, es vencer el natural por cariño ó por amor: luego á mí, que de una fiera lo duro y áspero imito, el favor que solicito por rendido se debiera; mas al tiempo lo dejemos y dime cómo te fué con la criada.

COLCHÓN. Se fué.

D. JUAN. ¿Y no hubo más?

COLCHÓN. Dos extremos:

uno en ella de pedir y en mí otro de no dar, con que se quiso enojar y yo me quise reir. ¡Llamóla en esto su ama;

(1) Este verso incompleto pudiera leerse de este modo: «Pienso que sí puede ser.»

- fuese y dejóme contigo,  
que eres mejor para amigo  
que no ella para dama.
- D. JUAN. Con poco acompañamiento  
salió al campo.
- COLCHÓN. Una criada,  
un coche y una emboscada  
de gentilhombres, que á ciento  
llegaban, ¿es poco?
- D. JUAN. No,  
si son tantos.
- COLCHÓN. No te asombre  
que sólo en un gentilhombre  
he mentido; en fin, salió,  
en coche y como te digo,  
y por la fe de español,  
que si tiene coche el sol  
que no es el sol su enemigo.
- D. JUAN. Éa, vamos. ¿Si acertaré  
dónde es mi casa en Sevilla?  
Y no será maravilla  
si ha tanto que la dejé.  
Mi madre bien sé que vive,  
como que murió mi padre;  
si me estima como madre  
veré en cómo me recibe.
- COLCHÓN. ¿Y no me has de dar hallazgo?
- D. JUAN. ¿De lo que he perdido?
- COLCHÓN. No,  
de lo que has hallado.
- D. JUAN. ¡Yol!
- COLCHÓN. Heredar el mayorazgo  
de tu casa, ¿no es hallazgo?
- D. JUAN. Dios le perdone á mi padre.
- COLCHÓN. Como también á tu madre  
el no quererse arrugar.
- D. JUAN. Si tantas dichas me aguardan  
triunfemos de la fortuna.
- COLCHÓN. Como son llenos de luna,  
poco sus manguantes tardan.
- D. JUAN. En esa filosofía,  
¿quién te mete?
- COLCHÓN. Mi experiencia.
- D. JUAN. Déjame, que mi conciencia  
es bastante profecía.
- COLCHÓN. Vamos; mas oye, que ahora  
me acuerdo que la criada  
me dijo que está tratada  
de casarse su señora.
- D. JUAN. ¿Con quién?
- COLCHÓN. No sé; mas, espera;  
¿no hay un marqués de la Rota  
en Sevilla?
- D. JUAN. De la Mota  
le hay.
- COLCHÓN. Ese dijo.
- D. JUAN. Muera  
si se me opone el marqués.  
Hoy penetraré su intento,  
le estorbó el casamiento  
y le verás á mis pies;  
pero ¿no echas ya de ver  
si es doña Ana principal?
- COLCHÓN. Yo hablo del natural  
por lo que mira á mujer.  
(Vanse y salen Don Gonzalo, barba, y el  
Marqués.)

## ESCENA III

DON GONZALO. EL MARQUÉS.

- D. GONZ. Señor marqués de la Mota,  
saber deseo qué día  
resuelve vueseñoría  
casarse, por si se nota  
el que antes de casarse  
me haga aqueste favor  
con sus visitas.
- MARQ. Señor,  
lo que siento el dilatarse  
sabe amor.
- D. GONZ. Pero no creo  
que toma resolución.
- MARQ. En tan justa prevención  
padecer tiene el deseo.  
Es un siglo cada instante  
y una edad cada momento,  
mas tanto apercibimiento  
me detiene; en tanto, amante,  
para de aquí á quince días  
tengo resuelta la boda.
- D. GONZ. Algo me desacomoda,  
mas como sus bizarrías  
conozco por experiencia,  
no es mucho tiempo el que pide;  
mas advierta que le impide  
las visitas mi licencia.

## ESCENA IV

Sale Doña Ana.—DICHOS.

- D.ª ANA. Padre y señor.
- D. GONZ. Mi doña Ana,  
¿cómo ayer tarde te fué  
en el campo?
- D.ª ANA. Bien logré  
la tarde y aun la mañana.  
En la tarde, pues, estaba  
tal el campo á aquella hora,  
que dijeran que la aurora  
entonces le saludaba.  
Perdone vueseñoría  
que me lleve del afecto  
de mi padre.
- MARQ. Ese respeto  
á sus canas se debía.  
Siempre enseñáis cortesana  
y persuadís tan discreta  
que os conocen por perfecta  
del modo que por doña Ana.
- D.ª ANA. Eso será por favor  
que le deba á vuestro afecto,  
siendo mayor el objeto  
donde el mérito es menor.
- MARQ. Si ser mayor es así  
donde no hay merecimiento,  
aquí de vuestro argumento  
me he de valer para mí.

## ESCENA V

Sale Inés.—DICHOS.

- INÉS. Para entrar un forastero  
pidiendo licencia está.

- D. GONZ. Entre luego. ¿Quién será?
- INÉS. Oyes, aquel caballero  
que te habló en el campo es.
- D.ª ANA. ¡Ay de mí! Perdida soy.  
(Túrbase con demostración.)
- D. GONZ. Decid que entre.
- D.ª ANA. Yo me voy.
- MARQ. ¡Turbada doña Ana!
- D.ª ANA. Inés.  
(Vanse las dos.)
- MARQ. (Ap.) Con un forastero ayer  
que habló en el campo me dijo  
su criada, y lo colijo  
de este turbarse y perder  
el color oyendo ¡ah, cielos!  
que entraba. Celos y amor:  
dad oídos al temor  
para ser amor y celos.

## ESCENA VI

Salen DON JUAN, DON GONZALO Y EL MARQUÉS.  
COLCHÓN.

- D. JUAN. Ya, Colchón, vengo informado  
de los dos, que el uno es  
don Gonzalo, y el Marqués  
el otro.
- COLCHÓN. Pues ten cuidado.
- D. JUAN. Que le tendré cosa es llana;  
pues que sólo es mi intención  
el buscar aquí ocasión  
de ver ó hablar á doña Ana.  
Dadme, señor don Gonzalo,  
los brazos ó vuestros pies,  
y déme el señor Marqués  
la mano.
- COLCHÓN. No va esto malo.
- D. GONZ. Saber, caballero, á quién  
he de dar los brazos quiero.
- MARQ. Yo también.
- D. JUAN. A un caballero  
que puede á los dos también  
preguntar.
- D. GONZ. No prosigáis,  
que no es mi intento ofenderos.  
Todos somos caballeros,  
puesto que en eso os fundáis.  
Llegad, llegad á mis brazos,  
y á los del Marqués después,  
que aunque es primero el Marqués,  
no lo han de ser sus abrazos.  
Y ahora, pues, es razón  
conozcamos la persona,  
porque el valor que la abona  
no pierda en la estimación.
- D. JUAN. De don Pedro, que murió  
en la privanza del Rey  
soy hijo.
- D. GONZ. Y por justa ley  
á quien más estimé yo.  
¿Sois don Juan Tenorio?
- D. JUAN. Sí.
- D. GONZ. Volved, volved á mis brazos,  
porque en más estrechos lazos  
conozcáis mi amor aquí.  
Don Juan Tenorio, el contento
- pienso que me ha de matar.  
¡Qué bien que supo privar  
vuestro padre! ¡Con qué tiento  
la privanza y la ambición  
ajustaba! Nunca vi  
se desvaneciese, y fué  
quien tuvo su corazón  
en las manos, que un prudente  
nunca sin aconsejarse  
del que llega á confiarse  
en la ejecución consiente.  
En fin, él sólo privó  
sin mudanza de fortuna;  
que logra llenos de luna  
quien sin ambición subió.
- MARQ. Lo mismo decir podré;  
no tuve amigo mayor.
- D. JUAN. Tuvo del Rey el favor,  
púdole ser, y yo haré  
por vos cuanto pueda.
- MARQ. ¿Vos?
- D. JUAN. Yo, pues.
- MARQ. ¡Notable locura!
- D. JUAN. Mucho este hombre me apura  
la paciencia, y ¡vive Dios  
que si me enfado!
- COLCHÓN. ¿Es posible,  
es posible que hoy siquiera  
no dejarás de ser fiera?  
¡Qué condición tan terrible!
- D. JUAN. ¿No es éste de quien consorte  
doña Ana ha de ser?
- COLCHÓN. Tratado  
está.
- D. JUAN. Y así provocado,  
¿quieres que aquí me reporte?  
Con vuestra licencia quiero  
despachar con un recado  
á un amigo este criado.
- D. GONZ. Vuestro gusto es lo primero.
- MARQ. Temerario es este mozo.
- D. GONZ. Cosas cuenta dél la fama  
que asombran.
- D. JUAN. Aquesta llama  
no se reporta.
- COLCHÓN. A destrozo  
como á jarrete que toquen  
sería bien donde estuvieres,  
pues no hay hombres y mujeres  
seguros.
- D. JUAN. No me provoquen  
y lo estarán. Mas ¿de quién  
saber podrás si doña Ana  
está en casa, ó si, tirana,  
me olvida?
- COLCHÓN. Como me den  
entrada en su cuarto, yo  
lo sabré, y aun la diré  
lo que padeces.
- D. JUAN. Y que  
se acuerde de que dió  
la palabra de ser mía,  
la di también, y después  
como sé ya que el Marqués  
me ofende con su porfía;  
que me excuse estos desvelos  
y no me dé estos enojos,

ó si no, que por sus ojos  
juro de vengar mis celos.  
COLCHÓN. Ruégale á Dios que no elija  
por respuesta algunos palos,  
que veó muchos Gonzalos  
deste Gonzalo en lo hija.  
D. JUAN. Fuera perderme el respeto,  
y no lo llevara bien.  
COLCHÓN. Para mí el que me los den  
es de ese lance el aprieto;  
mas yo voy. (Vase.)

## ESCENA VII

DICHOS, menos COLCHÓN.

D. JUAN. Poco estimara,  
señor, lo que os debo y quiero,  
no siendo vos el primero  
que en Sevilla visitara.  
Vengo á veros y á pedir  
me elijáis para ocuparme,  
pues sois quien ha de mandarme  
y yo quien ha de servirlo.  
De esta suerte le entretengo (Aparte.)  
por si doña Ana á esta pieza  
sale, que es poca fineza  
no sepa que á verla vengo.  
D. GONZ. Tanto gozo he recibido  
de veros, señor don Juan,  
que llevo á creer que están  
mis sentidos sin sentido;  
que aquesto puede un contento  
como tal vez un pesar,  
puesto que suele matar  
un gozo como un tormento.  
D. JUAN. No permite esos excesos  
voluntad tan bien pagada.  
D. GONZ. ¿Cómo de vuestra jornada  
no me decís los sucesos?  
D. JUAN. Son muy largos.  
D. GONZ. Mi atención  
no se cansará de oílos.  
D. JUAN. Si es obediencia el decillos  
yo buscaré otra ocasión.  
MARQ. Mucho el indicio me estrecha,  
mucho crece. ¡Oh, cómo son  
verdugos del corazón  
cuidados de una sospechal  
D. GONZ. Que somos uno los dos  
advertid.  
MARQ. ¡Fieros tormentos!  
Mas yo sabré sus intentos.  
D. JUAN. Señor don Gonzalo: adiós.  
MARQ. Adiós, señor don Gonzalo.  
D. GONZ. Id, caballeros, con Dios;  
no diferencio á los dos,  
pues en mi amor los igualo. (Vase.)

## ESCENA VIII

DON JUAN. — EL MARQUÉS.

D. JUAN. (Yo he de hablar con el Marqués  
claramente.)  
MARQ. (Con don Juan  
me declararé.)

D. JUAN. (Un volcán  
es mi pecho.)  
MARQ. (Aquesto es  
lo mejor.)  
D. JUAN. (Mal se reporta  
mi enojo. ¡Que aquesto pase!)  
MARQ. (¡Que me olvide!)  
D. JUAN. (¡Que se case!)  
LOS DOS. (Al remedio, pues, que importa.)  
(Vase.)

## ESCENA IX

Sale DOÑA ANA.

¡Qué desdichada que soy!  
¡Oh, nunca saliera ayer  
al campo, pues llevo á ver  
los riesgos de ayer y hoy!  
Ayer de mi honor temí  
la mancha sin culpa mía,  
y hoy aquí, ¡qué triste día!  
que vacilaba le vi,  
pues mi susto y turbación  
al entrar don Juan fué tal,  
que en ensayos de mortal  
viví sin respiración;  
señales de que se infieren  
culpas con tal evidencia  
que hay muchos con inocencia  
que de aqueste achaque mueren.  
Luego yo que me turbé  
tan á vista del indicio,  
que no hiciese allí su oficio  
el castigo mucho fué.  
Mudemos, pues, el intento  
y oigamos al desengaño,  
que se experimenta el daño  
para solo el escarmiento.  
Mas mi padre viene. ¡Ay, Dios!  
Si en mi turbación acaso  
reparó ¡qué triste caso!

## ESCENA X

Sale DON GONZALO.—DOÑA ANA.

D. GONZ. ¿Hay alguien aquí con vos?  
D. ANA. Sola estoy. Sin duda es esto.  
D. GONZ. Pues si estáis sola...  
D. ANA. ¡Ay de mí!  
D. GONZ. Quiero que sepáis aquí  
serán vuestras bodas presto  
con el Marqués de la Mota.  
D. ANA. Ya respira el corazón.  
Sin duda mi turbación  
pasó sin que diese nota.  
D. GONZ. ¡Qué vergonzosa! Desde hoy  
en quince días os casáis,  
bien será que os prevengáis,  
y adiós, que á un negocio voy.  
Volveré tarde; la puerta  
esté cerrada temprano,  
que, pues traigo llave, en vano  
será el tenermela abierta. (Vase.)

## ESCENA XI

DOÑA ANA.

Siempre que mi padre vuelve  
tarde de noche recelo  
algún mal suceso. El cielo  
le guarde, y pues ya resuelve  
casarme, no me ha de ver  
el Marqués, porque el favor  
se le ha de negar mejor  
al que marido ha de ser.  
Inés.

## ESCENA XII

Sale INÉS y COLCHÓN.—DOÑA ANA.

INÉS. Señora.  
D. ANA. ¿Qué hacías?  
INÉS. Estaba...  
COLCHÓN. No estaba, hablaba  
en un colchón que buscaba  
para su cama.  
D. ANA. Podrías  
con más recato.  
INÉS. A entender...  
COLCHÓN. La culpa tuvo el colchón  
por llegar en ocasión  
que Inés le había menester.  
Dijome á mí: «Concertalde»  
Mas el colchón, que lo oía,  
la dijo: «Señora mía,  
para su cama, de balde.»  
D. ANA. Id con Dios.  
COLCHÓN. ¿Me despedís  
sin preguntarme quién soy,  
dónde vengo, dónde voy  
ó á quién sirvo?  
D. ANA. ¿A quién servís?  
COLCHÓN. De don Juan el Temerario  
lacayo he sido hasta ahora,  
pero después que te adora  
me ha hecho su secretario;  
y, en fin, yo soy enviado  
de mi amo á que te diga  
el empeño á que le obliga  
la palabra que le has dado;  
que te adora, y que por ti  
se muere.  
D. ANA. No prosigas.  
COLCHÓN. Que los celos...  
D. ANA. ¿No calláis?  
COLCHÓN. Del Marqués...  
D. ANA. Idos de aquí (1).  
COLCHÓN. Le han inquietado de modo...  
D. ANA. ¿Qué es esto?  
COLCHÓN. Que pueden...  
D. ANA. Baste.  
COLCHÓN. Dar...  
D. ANA. ¿Qué?  
COLCHÓN. Con su amor al traste;  
y en esto lo he dicho todo.

(1) Este pasaje está muy viciado: ni redondilla ni  
aún versos completos tiene.

D. ANA. Diréis, pues, á vuestro amo,  
puesto que á mí os envié,  
que se acuerde que soy yo  
doña Ana, y que Ulloa me llamó,  
y que excuse... ¿No escucháis?

COLCHÓN. Sin perder punto.  
D. ANA. La nota  
que ha dado, y que el de la Mota  
es mi dueño. Y no volváis  
vos aquí, que haré que os den,  
y no lo dudéis, la muerte;  
y decildo de esta suerte  
á vuestro amo también.  
(Vase con Inés.)

COLCHÓN. Pues, por Dios, doña Lucrecia  
que, según lo que imagino,  
que habéis hallado un Tarquino  
que os deje burlada y necia.  
(Vase y sale el Marqués, de noche.)

## ESCENA XIII

El MARQUÉS.

Celoso y desesperado  
vengo donde amar solía  
sin celos; mas en un día  
¿qué cosa no se ha mudado?  
Vime, si nunca envidioso,  
de bien querido envidiado;  
pero ¿quién fué desdichado  
sin ser primero dichoso?  
Que habló doña Ana, he sabido,  
con don Juan ayer, y sé  
que si hoy se turbó y se fué,  
que él también la causa ha sido.  
Salió conmigo de allí,  
¡qué altivo y vano don Juan!  
para decirme que están  
concertados ¡ay de mí!  
de casarse ¡qué rigor!  
tan conformes ¡qué tormento!  
que será su casamiento  
tan presto ¡qué falso amor!  
que no ha de pasar ¡ah, cielos!  
desta noche, ú de que sea  
suya doña Ana. Mas, ea,  
que así mi amor y mis celos  
serán muerte del dolor;  
mas ¿cuándo, en dolor tan fuerte,  
fué medicina la muerte  
para que cese el rigor?  
Esto desde ayer me tiene  
en un tormento mortal;  
mas ¿cuándo, del bien, el mal  
á las espaldas no viene?  
Que se casa ¡qué congojal  
con él, me dijo, y mi espada,  
si allí se vió provocada  
dobló para aquí la hoja.  
Decoro allí el reportarme  
fué de doña Ana y su casa:  
veamos cómo se casa  
sin vencerme aquí ó matarme.  
Aquí le pienso esperar  
para dejarle advertido:

son ofensas de marido  
las que resuelvo á vengar,  
que un casamiento aceptado  
posesión es ya que obliga  
á la defensa: no diga  
lo contrario el que es honrado.  
Aquí, pues, le aguardaré,  
donde, con tanta razón,  
tomaré satisfacción  
y mis celos vengaré.  
Esta es la calle y la casa  
de quien puede ó no matarme;  
mas bien será retirarme  
mientras esta gente pasa.

## ESCENA XIV

*Sale DON JUAN y COLCHÓN, con capas  
diferentes.—EL MARQUÉS.*

D. JUAN. ¿Doña Ana te dijo eso?  
COLCHÓN. Esto me dijo doña Ana,  
y que á ti te lo dijese.  
D. JUAN. ¿Mis celos no me bastaban?  
Pues, ¡vive Dios! que he de ver  
cómo lo dice mañana.  
Gozarla tengo esta noche  
que quiera ó no, mi palabra  
cumpliéndole yo al Marqués,  
pues le dije se casaba  
conmigo esta noche. Entremos,  
mas la puerta está cerrada  
y un hombre en aquella esquina.

## ESCENA XV

*Sale DON GONZALO.—DICHOS.*

COLCHÓN. Otro por la calle pasa.  
D. JUAN. Pues á que pase aguardemos,  
que aún otra industria me falta.  
Mas parece que una llave  
le hace la puerta franca.  
De casa debe de ser.

*(Hace que abre una puerta.)*

Sígueme, Colchón.  
COLCHÓN. ¿Qué trazas?  
D. JUAN. Entrar con él en abriendo;  
matarle luego y la casa  
saquearle muerte á muerte  
sin que quede cosa humana  
que no muera en ella, pues  
mi sed, mi rencor, mi rabia,  
sólo es ya de beber sangre  
hasta verme con doña Ana.  
COLCHÓN. Llega, pues, no cierre.  
D. JUAN. Hidalgo:  
el que otra puerta se abra  
donde una se cierra es justo.  
Allá vamos todos.  
D. GONZ. Falta  
el saber si quiero yo.  
D. JUAN. Remitiéndolo á la espada  
servirá poco, buen viejo,

el ser vos la barbacana  
para no rendir la fuerza  
del castillo y de una ingrata.  
D. GONZ. Don Juan Tenorio parece.  
COLCHÓN. Don Gonzalo es con quien hablas.  
D. JUAN. Ya le conocí, y me pesa  
de matarle.

D. GONZ. Dad la causa  
de un atrevimiento igual.  
D. JUAN. Yo he de entrar en vuestra casa,  
porque en ella vuestra hija,  
ó me cumpla una palabra,  
ó me dé la posesión  
de hermosura que es tan rara.  
D. GONZ. Primero os haré pedazos.

*(Acuchillándose.)*

D. JUAN. De que ya no estéis sin habla  
me admiro; mas, es valiente;  
no hay sangre fría en sus canas.  
MARQ. Discurrir en lo que haré  
fuera obscurecer mi fama,  
cuando el matarse dos hombres  
puede aquí estorbar mi espada.  
¡Ah, caballeros!

D. GONZ. ¡Jesús!  
¡Confesión!

*(Cae muerto.)*

MARQ. ¡Qué gran desgracia!  
D. JUAN. Esto es hecho; lo demás  
es menester que se haga;  
pero sin matar á este hombre  
no es posible.

*(Dentro.) Cuchilladas  
en la calle.*

COLCHÓN. La justicia.  
D. JUAN. ¡Qué estorbo! Ya mi esperanza  
se perdió; pero estar preso  
es peor. Colchón, ¿qué aguardas?  
Sígueme.

COLCHÓN. Por esta calle.

*(Vanse los dos.)*

*(Sale por otra parte el Asistente, Alguaciles con linternas.)*

## ESCENA XVI

*EL ASISTENTE y ALGUACILES.—MARQUÉS.*

ASIST. Den, caballeros, las armas.  
MARQ. Yo á ninguno doy las mías.  
ASIST. ¿Cómo no? Prendelde.  
MARQ. Aguarda.  
ASIST. Llegad luz. ¡Señor Marqués!  
MARQ. ¿Qué es esto que por mí pasa?  
ASIST. No excuso vuestra prisión,  
ya lo véis.  
MARQ. Es excusada,  
pues que sólo ponía paz  
por remediar tal desgracia.  
ASIST. Pues ¿quién ha muerto aquel hom-  
MARQ. Ya quien le mató se escapa [bre?  
por esa calle.  
ASIST. Mirad:  
llegad la luz á la cara  
del muerto. ¡Válgame el cielo!  
Don Gonzalo es éste, y clara

## JORNADA SEGUNDA

## ESCENA PRIMERA

*Salen DON JUAN, COLCHÓN, DOÑA ANA, INÉS, y ellas  
de luto.*

D. JUAN. El pésame vengo á daros,  
tan triste por lo que siento,  
que consuelo mi tormento  
si pretendo consolaros.  
Y ¡vive Dios! que al Marqués,  
á no estar en la prisión,  
le sacara el corazón  
comiéndomele después.  
Ved, pues, lo que me mandáis;  
resolved lo que queréis,  
que, como me lo encarguéis,  
vos veréis cómo os vengáis.

COLCHÓN. Goza, Inés, de la ocasión.  
á esta parte te retira.

INÉS. Su desenfado me admira.

COLCHÓN. Yo extraño tu condición.

INÉS. Mi peligro es el que evito.

COLCHÓN. Pues ¿qué defiendes?

INÉS. Mi honor.

COLCHÓN. ¡Ah, falsa, que no es amor!

INÉS. ¡Ah, traidor, que es apetito!

D. JUAN. Si al dolor ó si al desdén  
atribuya el suspenderos,  
no resuelvo.

D.<sup>a</sup> ANA. Agradeceros

vuestro sentimiento es bien

y estimaros la venganza

que me ofrecéis; pero no,

no la acepto, porque yo

no he perdido la esperanza

de vengarme. Viva estoy;

tengo valor, tengo brío

y sangre tal, que la fio.

Pero quien sepa quién soy

nada de esto dudará,

y cuando se dude de ello,

soy yo, sí, quien ha de hacello,

y el tiempo quien lo dirá.

D. JUAN. ¡Tanto valor! (O me engaño

ó el blanco de su amenaza

he sido.)

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Qué infame traza! *(Aparte.)*

¡Qué alevosía, qué engaño!

D. JUAN. Entre sí habla y me mira

vengativa en el semblante.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Ofender el que es amante *(Aparte.)*

puede? Es engaño, es mentira;

luego el Marqués no, no ha sido

quien mató á mi padre, no;

luego don Juan le mató:

aleve y cruel Vellido.

D. JUAN. Tan divertida...

D.<sup>a</sup> ANA. No hay duda.

D. JUAN. Me escucháis...

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Qué falso amor!

ya contra el Marqués la culpa.

A don Gonzalo á su casa

luego entre todos llevad.

MARQ. ¡Vive Dios que en su venganza!

ASIST. Señor Marqués, á esta parte

me escuchad una palabra.

MARQ. ¡Ah, don Juan Tenorio! El cielo

vuelva hoy aquí por mi causa.

ASIST. A doña Ana pretendéis

y á la puerta de su casa

os hallo cuando á su padre

muerto aquí de una estocada;

la espada os hallé desnuda,

que no es poca circunstancia.

Sabe el cielo que quisiera,

y sabe Dios si me holgara

de no hallaros en la calle

cuando hallo esta desgracia.

Cumplir yo con la justicia

y conmigo en esta causa

difíciloso parece

sin vuestra prisión.

MARQ. Me agravia

en esa resolución;

que si me dan ú doy causas

para matar, no las niego

por excusarme la infamia

de vengarme sin valor;

que es cobarde la venganza

que no publica el castigo

donde agravios desagravia.

ASIST. Como administro justicia,

de consecuencia tan clara

es fuerza que me desvíe.

MARQ. Averiguar lo que pasa

le toca á vuesañoría.

ASIST. Y ¿cómo lo averiguara

sin sustanciar este indicio?

MARQ. Diciéndolo yo.

ASIST. No basta;

que causas tan criminales

por lo escrito se sustancian,

que verbalmente no pueden.

MARQ. Cuando es tal la circunstancia

de mi persona, sí puede.

ASIST. ¡Hola! Ya esto me cansa.

Vaya el Marqués á una torre.

¡Señor Asistentel..

MARQ. Basta.

ASIST. ¡Que he de pasar por aquesto

por no infamar á doña Ana!

MARQ. Preso voy; vayan delante.

ASIST. Si el Asistente lo manda.

MARQ. Hombres como yo...

ASIST. No hacen

delitos.

MARQ. ¡Por esa vara!

ASIST. Y sin ella. Mas llevalde,

que en empeños de palabras

nunca fueron para jueces,

pues dan al reo las armas,

perdiendo por imprudentes

lo que por cuerdos ganaran.

- D. JUAN. Que me ofendéis.  
D.ª ANA. ¡Ah, traidor!  
Pero si el cielo me ayuda...  
D. JUAN. A no ser el sentimiento tan justo...  
D.ª ANA. De mi venganza...  
D. JUAN. Pensara...  
D.ª ANA. Tengo esperanza.  
D. JUAN. Que es otro ya vuestro intento. En el campo me engañastes; ser mía me prometisteis, pero cuando en casa os visteis vuestra palabra negastes. Si vos hacéis deshonor pretensiones de marido, ¿qué sentirá el que ha perdido, porque se rindió, el valor?
- D.ª ANA. Soy mujer, donde el honor es vidrio tan quebradizo, que al soplo con que se hizo se suele tal vez quebrar, sin que se pueda enmendar, puesto que ya se deshizo. Luego yo, que soy mujer, luego yo, que tengo honor, soy vidrio que en vuestro amor puedo quebrarme ó perder: no queráis, pues, deshacer, señor, con vuestra porfía la luz con que alumbra el día, pues tiene en su claridad mi honor en mi calidad como mi fama en ser mía.
- D. JUAN. Pues mirad cómo ha de ser, que dejar mi pretensión no es posible, ni es razón me deje en esto vencer. Ya como á propia mujer os miro y os galanteo; no soy dueño del deseo, porque tiene mi albedrío y no volverá á ser mío en tanto que no os poseo.
- D.ª ANA. Si á ser mi esposo aspiráis, todo está ya en mi favor, pues me obligáis con amor cuando marido me honráis. En el silencio os culpáis, pues entonces como aquí no os declarasteis allí. ¡Oh, cuánto en un pensamiento facilita un casamiento! Vuestra soy, vuestra nací. (Si supiera que le engaño segunda vez.)
- D. JUAN. No lo creo, por lo que duda el deseo, hasta ver el desengaño.
- D.ª ANA. Sólo un día...  
D. JUAN. Será un año.  
D.ª ANA. Os pido...  
D. JUAN. Acortad el día.  
D.ª ANA. De plazo...  
D. JUAN. Para ser mía.  
D.ª ANA. Quién lo duda. (Con mi muerte.)  
D. JUAN. Loco estoy, que de otra suerte no cumple bien mi alegría.

- D.ª ANA. (Hoy entrando en la prisión, disfrazada, del Marqués, sabré el intento, y después tomaré resolución.)  
D. JUAN. ¡Qué! ¿os volvéis á suspender? De arrepentida parece.  
D.ª ANA. Como en mí se fortalece, es mi palabra mi ser.  
D. JUAN. Eso me hace creer que no es mi esperanza vana.  
D.ª ANA. No hay mucho de aquí á mañana.  
D. JUAN. Mis deseos lo dirán.  
D.ª ANA. ¡Válgate Dios por don Juan! (Vase.)  
D. JUAN. ¡Válgate Dios por doña Ana!  
INÉS. Adiós, y á más ver, Colchón.  
COLCHÓN. Oyes.  
INÉS. Dilo presto.  
COLCHÓN. Inés, yo te lo diré después.  
INÉS. ¡Qué taimado socarrón! (Vase.)

## ESCENA II

DON JUAN y COLCHÓN.

- COLCHÓN. ¿Tú eres el que decías: «Yo he de gozar á doña Ana antes que llegue mañana, matando suegras y tías?»  
D. JUAN. ¡Qué quieres! Yo no sabía qué era amor, ni qué hermosura. Sólo en condición tan dura predominó valentía, desgarró, venganza, guerra para las cosas de amor, siendo un hielo y mi furor otro azote de la tierra. Mas no sé, Colchón, no sé qué encanto tiene, qué hechizo esta mujer que deshizo este rayo que vibré, pues en este brazo el cielo parece puso la injuria á su enojo y de mi furia para castigo del suelo, y ya, tirano Cupido, ni es rayo, furia ni enojo, sino un rendido despojo á un ángel que me ha vencido.
- COLCHÓN. ¿Tú, de blanda condición?  
D. JUAN. Sí, sin perjuicio del brío, que mi valor siempre es mío con una resolución. Y ¡ay, Colchón! ¡ay de doña Ana si me da con el Marqués celos! y ¡ay de ella, pues, si no es mía de aquí á mañana!
- COLCHÓN. ¿Desde aquí á mañana?  
D. JUAN. Sí, porque palabra me dió de serlo.
- COLCHÓN. Pues de otra yo te quiero informar aquí, si me escuchas.  
D. JUAN. ¿Qué te dijo?  
COLCHÓN. Que te diese tu recado,

- digo, el que ella me ha dado para ti; de que colijo que al instante que te vió la enamoraste.  
D. JUAN. ¿Al instante?  
COLCHÓN. Es de repente un amante si por los ojos entró. Díjome, en fin, te dijese había en Sevilla una dama que te adora.  
D. JUAN. Y que se llama, ¿cómo?  
COLCHÓN. Eso quiso que fuese desvelo de tu cuidado, adónde vive y quién es; mas yo lo sabré, después te lo diré.  
D. JUAN. Es excusado.  
COLCHÓN. Déjame saber quién es.  
D. JUAN. De lo que dices te dijo lo que puede ser colijo. Doña Ana es mi dueño, pues mi esposa espero que sea, tan amante de mi esposa que ella fea fuera hermosa y esa hermosa fuera fea; ni es posible sea verdad un amor tan repentino.
- COLCHÓN. Pues ¿qué ha de ser?  
D. JUAN. Descamino de alguna facilidad. Vamos, que ver al Marqués en la prisión determino. (Vase.)  
COLCHÓN. Toma del gusto el camino y deja el del interés, Inés, porque á verte voy, y menos de honor te precia; pues no puede ser Lucrecia quien se rinde porque doy. (Vase y sale el Marqués en la prisión.)

## ESCENA III

EL MARQUÉS

La prisión que padezco si el afecto la siente como injusta, contento la obedezco: por si doña Ana gusta que á su rigor padezca, entonces justa; mi queja no es primero que doña Ana, si gusto suyo ha sido. Que se casa con ella ¡oh, caso fiero! de don Juan he sabido; mas ¿no puede don Juan haber mentido? Si puede; pues detente, resolución, que ofendes aquel cielo que padece inocente. Mas ¡ay! que no es consuelo ser opinión la culpa y no el desvelo. En tan fuerte mudanza que no me olvide pido: falsa proposición de la esperanza, pues posible no ha sido haber mudanza sin haber olvidado. Don Gonzalo de Ulloa vivo yace en su fama, pues ya muerto

se eterniza en su loa, y á mí ¡qué desconcierto me deja infame en la traición que adviertol! Del aleve homicida pago la culpa en la opinión que pierdo. Déjeme, pues, la vida, consejo aquí el más cuerdo, que apetecer la infame es desacuerdo; mas no me deje; viva; que morir sin morir es gran tormento y si en vivir estriba, jamás el sentimiento en la muerte me quite el vencimiento. Grillos de delincuente, si cadenas de amante, me aprisionan: delitos no consiente mi sangre ni los triunfos que me abonan; mas ¡ay! que ya en la voz no me perdonan. Don Juan Tenorio ¡ay, triste! con indicios me ofende y con desvelos juzgando que consiste, si mi muerte en mis celos, mi culpa en su traición. ¡Valedme, cielos! Doña Ana me persigue, si es cierto el ser mudable el ser tirana, sin esperar mitigue su fiereza inhumana, que esto es estar celoso de doña Ana.

## ESCENA IV

Salen DOÑA ANA é INÉS, tapadas y disfrazadas. EL MARQUÉS.

- D.ª ANA. Si aquese mi nombre fuera, que entraba en buena ocasión á veros en la prisión, señor marqués, defendiera; mas sin que doña Ana sea, que esta piedad me debáis quiero y que me permitáis el que aquí tapada os vea.
- MARQ. Lo que os mueve me decid á verme con tal piedad.  
D.ª ANA. Si creéis que voluntad, no recelaréis que ardid.  
MARQ. Con tal agradecimiento os estimo la visita, que los recelos me quita y me pone atrevimiento...  
D.ª ANA. ¿Para qué?  
MARQ. Para pedirlos que os descubráis.  
D.ª ANA. No es posible.  
MARQ. Pero será conveniente para que pueda serviros.  
D.ª ANA. No quiero me agradezcáis lo que sólo es piedad mía y que por cualquiera haría preso como vos estáis. Mas decidme; ¿queréis mucho á esa dama, á esa doña Ana que nombrastes?  
MARQ. Soberana es su belleza.  
D.ª ANA. ¡Qué escuchol!  
MARQ. Y así es fuerza que la quiera,